

res del radicalismo gubernamental, alentaron experiencias de frentismo popular antifascista, que parecían coincidir con los dictados del VII Congreso de la Internacional Comunista.

En síntesis, el libro propone una mirada a la recepción de la revolución mexicana en América Latina durante la década de 1930, una mirada realizada desde la militancia aprista en su exilio mexicano. Pero además, este encuentro de México y el aprismo, abre nuevos horizontes para repensar la historia del pensamiento de una izquierda continental. En este sentido, el libro por su rigurosidad e inteligencia, confirma la necesidad de visitar aquella historia, como espacio de investigación abandonado, de manera preocupante, por la moderna historiografía latinoamericana.

Pablo Yankelevich

*Instituto Nacional de Antropología e Historia*

VERÓNICA ZÁRATE TOSCANO, *Una docena de visiones de la historia. Entrevista con historiadores americanistas*, México, Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora, 2004, 174 pp. ISBN 970-684-105-9

Siempre resulta fascinante revisar los caminos que conducen a la historia, en especial cuando la vocación no es clara y aparece después de otras experiencias. También resulta de interés ver las variedades en que los distintos historiadores la conciben, la abordan y la escriben. El libro toca fibras sensibles para aquellos que aunque tuvimos desde la niñez el gusto por la literatura y la historia, sentimos vocación científica y al elegir la historia como carrera, nos queda la duda sobre lo que hubiera significado el otro camino.

La lectura del libro de Verónica Zárate que hoy presentamos, está emparentada con la vieja obra de Lewis Perry Curtis, *El taller del historiador*. Por supuesto que es distinto, pues Curtis incluyó

16 ensayos de historiadores que develaban sus experiencias, cómo habían llegado a interesarse por el pasado, las metodologías que habían utilizado y los problemas que habían sorteado. El libro de Verónica Zárate tiene un carácter diferente al ofrecer el fruto de doce entrevistas. No obstante, también nos abre la puerta para adentrarnos en la forma cómo estos doce conocidos historiadores hispanoamericanistas descubrieron su vocación, cómo decidieron los temas de su interés y la forma en que los abordaron.

Los doce historiadores pertenecen a diversas generaciones y nacionalidades lo que influye en la variedad de las respuestas. Extraña que sólo dos sean mujeres, a pesar de la impresión general tan repetida por mi maestro Edmundo O'Gorman, de que la historia se había convertido en profesión femenina. Como las entrevistas se hicieron en el marco de un Congreso internacional sobre la independencia, hace sospechar que hubo algo de machismo en las invitaciones.

El grupo entrevistado pertenece a las siguientes nacionalidades: un canadiense, un nicaragüense; un venezolano; un argentino; dos españoles; un británico; dos franceses; un dominicano, y dos estadounidenses. Cinco por lo menos no son historiadores mexicanistas, pero tres de ellos (Germán Cardozo, Fernando Pérez Memén y Xiomara Avendaño) se ocuparon de nuestro pasado en sus disertaciones por haber hecho sus estudios de doctorado en El Colegio de México. José Carlos Chiaramonte y Manuel Izard han dedicado sus desvelos a la historia de Argentina y Venezuela y el resto ha hecho del pasado mexicano una de sus principales preocupaciones, aunque haya incursionado también en el de otras partes del mundo hispánico.

Me habría gustado que a todos se les hubieran hecho las mismas preguntas. No sé qué dictó la variedad, aunque pareciera que fue el contexto en que se hizo la entrevista. Es posible que las entrevistas que se hicieron en los pasillos del recinto donde se llevó a cabo el Congreso sobre Independencia fueran más es-

pontáneas, mientras las que se llevaron a cabo en un ambiente más apropiado resultaron más formales. La de Germán Cardozo prácticamente no fue entrevista, pues sin tomar respiro hizo una relación de su vida académica y de sus intereses.

Salta a la vista que la pregunta ¿cuál es el origen de?, fue interpretada de dos formas. Una minoría mencionó los caminos que les condujeron a la historia, mientras la mayoría contestó su lugar de nacimiento y educación y hubo que hacerles la pregunta directa sobre cómo se habían interesado en la historia.

El camino cómo los doce entrevistados encontraron su vocación histórica resulta variada y, en algún caso, muy sorprendente. Para algunos historiadores como Brian Hamnett, el camino hacia la historia fue casi lineal, ya que su afición temprana por la historia, la geografía y la literatura no tuvo desvíos y al llegar al grado universitario, sólo tuvo que elegir el tema de disertación, derivado del gran interés que le había despertado la construcción, desarrollo y decadencia de los imperios ibéricos, es decir, tanto de España, como de Portugal.

Para muchos colegas el interés se lo despertaron excelentes maestros, en algún sector de sus estudios. Para los menos, el camino fue sinuoso y sólo después de experiencias o estudios fallidos, descubrieron la historia. Xiomara Avendaño confiesa que fue el fracaso de su incursión en la política la que la llevó a refugiarse en la historia, como lo fueron también sus estudios de historia mexicana que no obstante, le ampliaron las perspectivas de comprensión del pasado centroamericano. Su experiencia me recuerda algo que solía comentar don Daniel Cosío Villegas, de que detrás de muchos historiadores hay políticos frustrados.

Me sorprendió sobremanera que François-Xavier Guerra hubiera enfrentado un camino tan largo y complicado para llegar a la historia. François-Xavier confiesa que aunque desde muy joven le atrajeron la literatura y la historia, como en sus tiempos de estudiante esos estudios parecían propios de las chicas y se

le daban bien las matemáticas, decidió seguir la carrera de ingeniería que gozaba de gran prestigio; pero la carrera lo aburrió; buscó alivio en el estudio de la geología, pero el remedio no funcionó, por lo que decidió cursar tanto ciencias como letras. Fue después de su traslado definitivo a Francia cuando decidió dedicarse en exclusividad al estudio de la historia. Jaime Rodríguez, por su parte, tuvo que abandonar el estudio de la economía para dedicarse a la historia. No obstante, las experiencias previas beneficiaron sus investigaciones históricas y ampliaron su visión del pasado. François-Xavier reconoce que la ingeniería y la geología le ayudaron a razonar de manera rigurosa.

Otro tema interesante tiene que ver en cómo estos colegas definieron el tema de sus investigaciones. Varios de ellos confiesan la influencia decisiva de sus maestros, ya fuera despertando su interés en algún aspecto del pasado o, de plano al haberles sugerido el tema. John Tutino relata que una excelente maestra de español en la educación media, le permitió destacar en el aprendizaje y ganar una beca para perfeccionarlo en San Miguel de Allende, Gto. El interés que le despertó su estancia en México, se iba a ratificar durante su doctorado en la Universidad de Texas, en Austin. Ahí tuvo la suerte de contar con dos excelentes mentores: James Lockhart y Nettie Lee Benson, quienes cimentaron su interés en el pasado mexicano, aunque John atribuye haber elegido el tema del campesinado para su disertación doctoral, a la honda impresión que le dejó una corta charla con un campesino en Celaya, que en su sencillez se le reveló como un filósofo sin educación. Chiston Archer, otro doctorado en Austin, recuerda cómo sus paseos de pesca por las costas de la Columbia Británica y Alaska, desde su infancia le habían despertado interés por los múltiples nombres españoles que recuerdan a sus descubridores. Más tarde, ya interesado en el estudio del ejército, eligió estudiar el novohispano bajo el concepto de que era “espejo de la sociedad mexicana”.

A Manuel Izard, fue su participación política, lo que lo forzó a abandonar Barcelona e irse a vivir a Venezuela y este exilio sería el causante de su interés en el pasado latinoamericano. Por fortuna, según menciona, al darse el cambio político pudo volver ventajosamente a su tierra. José Carlos Chiaramonte tuvo una experiencia semejante al ser forzado a trasladarse a México durante la dictadura militar argentina. Es posible que su experiencia mexicana incidiera en una ampliación de sus perspectivas latinoamericanistas, sin apartarlo del interés fundamental en su propio pasado.

La moda de los temas también tuvo su impacto. François-Xavier Guerra menciona cómo ella determinó sus primeros estudios: el de su primera tesis sobre el movimiento obrero francés y una investigación sobre el primer periódico marxista. En cambio, el interés en México fue producto de una coyuntura, ya que en busca de una alternativa para evitar la enseñanza en las escuelas secundarias, se enteró de que François Chevalier buscaba un ayudante de cátedra. Tuvo la fortuna de ser aceptado, pero esto lo obligó a enseñar e investigar sobre el pasado latinoamericano. De esa manera abandonó el tema de la Internacional Comunista que había elegido para su tesis de doctorado y, a sugerencia de Chevalier, se inclinó por el estudio de la revolución mexicana, que por fortuna respondía a su interés en los procesos revolucionarios. La naciente informática le permitió poder utilizar la prosopografía para la redacción de la tesis y le permitió hacer una inapreciable aportación al estudio de la Revolución.

No faltaron entre los entrevistados los que llegaron a la historia vía los estudios clásicos, la filosofía y la literatura, instrumentos inapreciables para la investigación. Fernando Pérez Memén llegó a la historia por medio de la filosofía y Annick Lempérière mediante los estudios clásicos. Annick confiesa que le encantaba la filosofía, pero "le faltaba la relación concreta con la realidad". Esto la llevó a elegir la historia convencida de que es y era, "una

manera completa y compleja de pensar el mundo [que] requiere atención hacia los aspectos concretos del quehacer humano". Rechazó hacer historia de Francia como la mayoría de los doctorandos franceses y eligió Latinoamérica, intuyendo que este mundo lejano en el espacio, era culturalmente como una prolongación mediterránea. El idioma no fue obstáculo, pues con diez años de estudio del latín, el español le resultó fácil. Al principio quiso investigar la revolución cubana, y fue François Chevalier el que le sugirió que estudiar los sindicatos anarquistas del golfo de México, para los que afortunadamente encontró una copiosa documentación. Annick pudo aprovechar el uso de análisis prosopográficos para identificar grupos y redes de poder, así como descubrir la contribución de los intelectuales de los años veinte y treinta en la construcción de una nueva nación, que lograron integrar a grupos que habían quedado marginados. En un segundo tiempo, se interesó en el estudio de la historia del siglo XIX y dedicó sus desvelos al Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, tarea que le sugirió los interrogantes que le han llevado a adentrarse en el siglo XVIII, momento en que empezó la hibridación del léxico político y de los símbolos, mezcla de prácticas antiguas y vocabulario liberal o al contrario, uso de conceptos de viejo cuño para describir realidades y prácticas nuevas. Debo mencionar, a petición de esta estimable colega, su descontento por la incompleta bibliografía y los errores que contiene la que se incluye, pues sin duda no refleja su amplia trayectoria y resulta injusta comparada con la que se dedica a otros entrevistados.

La pregunta sobre sus experiencias de investigación en México, mereció en todos recuerdos agradables. Guerra encomió "la cordialidad de las relaciones humanas" [mexicanas] y sólo lamentó no haber podido consultar el Archivo de la Defensa. Este renglón contiene algunas anécdotas curiosas. Christon Archer refiere cómo al entrevistarse con Rubio Mañé, entonces director del Archivo General de la Nación, cuando todavía estaba en Palacio

Nacional, al enterarlo del tema de su interés, le comentó que casi no encontraría material sobre el ejército novohispano. Christon solicitó de todas maneras, permiso para dar un vistazo y para su satisfacción, apareció un material realmente apabullante, que le permitió rehacer la vida de oficiales y soldados y de la corporación.

No faltó la pregunta sobre si su extranjería les daba una perspectiva diferente sobre la historia. Casi todos pensaron que no, aunque alguno mencionó que tal vez les permitía mantenerse en un terreno neutral, frente a temas que todavía causan estrago en México.

El libro incluye muchísimos temas de interés, de acuerdo con las inclinaciones del lector. Entre los comentarios que más me impresionaron están los de Guerra, uno, sobre la gran ignorancia que existe en España acerca de América y otro hecho como de paso, sobre la necesidad de actualizar el contenido de la historia patria, pero haciéndolo “progresiva y prudentemente, sabiendo que modificar [...] los relatos heroicos imaginarios que estructuraron la conciencia nacional en la niñez, pueden producir traumatismos y desilusiones considerables y debilitar la necesaria cohesión de la comunidad política”. Inmersa desde siempre, en la preocupación por la enseñanza de la historia y su reforma, aprecié la fina sensibilidad de François-Xavier, quien a pesar de su absoluto alejamiento de la enseñanza básica, hacía gala una vez más, de su amplia comprensión histórica y humana.

Creo que el libro nos obliga a reflexionar sobre nuestra propia experiencia y las aportaciones invaluable que nos han ofrecido algunos entrevistados para reinterpretar nuestro pasado. Desde luego, me ratifiqué con cuánta razón don Daniel Cosío Villegas insistía en que “es imposible escribir la historia mexicana, sin tomar en cuenta lo escrito por los historiadores extranjeros”.

Josefina Zoraida Vázquez

*El Colegio de México*